

CULTURA POPULAR

Lluvia menuda



CHARLATANISMO ATEO

- ¿Sabe usted, señor don Manuel, que ya no hay Dios?
- ¿Qué me cuentas, Cándido?
- Lo que usted oye. Ni hay Dios, ni Cristo, ni religión, ni ná. ▽
- ¡Echa! ¡echa! Me dejas turulato. Y ¿quién dice eso?
- Lo dice un señor que entiende mucho en ciencias *físicas*.
- Realmente, bien *físicas* deben estar las ciencias esas.
- No se burle usted, que bien clarico lo explicaba.
- Con las ciencias *físicas*, digo... *físicas*.
- Con esas ciencias que á usted se le atragantan y con su piquito de oro que Dios conserve.
- Pero ¿en qué quedamos? ¿No dices que no hay Dios?
- ¡Ah, sí! Se me había olvidao.
- Y ¿qué decía el piquito de moro?
- De oro, señor don Manuel.
- ¿Qué decía?
- Que para qué tanto Dios y tanta Iglesia y tanta canse-

ra de cuervos y frailucos, cuando todo son pamemas. El mundo dá sus volteretas, y el sol sale y se pone, y las estrellitas lucen, sin necesidad de Dios, porque sí, porque... ¡vaya! porque...

—Porque sí.

—Sí, señor, porque sí.

—Una razón que á uno le deja...

—Ofuscao.

—Eso: ofuscao.

—¡Ah! Y aún daba otra razón. Decía que todo se mueve por fuerzas impacientes.

—Inmanentes.

—Eso sería, inmanentes.

—Y esas señoras fuerzas ¿cuándo empezaron á moverse y á mover?

—Hace muchísimo tiempo, una barbaridá de años.

—Y antes de esa barbaridá de años ¿de dónde salieron? ¿quién les dió el primer puntapié y les dijo: «moveos?» ¿quién las derramó por esos mundos?

—¡Vaya unas preguntas! ¿Quién, sino ellas mismas?

—De modo que ellas mismas empezaron á existir, junto con los mundos, antes de ellas mismas... ¿Entiendes, Cándido?

—Perfectamente, señor don Manuel.

—Pues me dejas... *ofuscao*, porque yo no lo entiendo. Dime: esos mundos ó esas fuerzas ¿por sí mismos se lo han trabajado todo?

—Todito.

—Y ¿son inteligentes?

—No le entiendo á usted.

—Quiero decir si el calor, la luz, por ejemplo, saben lo que hacen cuando obran lo que obran en la naturaleza.

—¡Quite usted!.. ¿qué van á saber?

—Pues ¿cómo lo trabajan todo tan bien? ¿Cómo se las arregla el sol para salir todos los días tan á punto, sin equivocarse? ¿cómo el árbol saca la tierna cabecita, el primer brote de entre los terrones, crece, se endurece, echa hojas y flores, fructifica y puebla los bosques de verdor y de murmullos? ¿cómo los pájaros fabrican esos minúsculos palacios enredados en las ramas por arte maravilloso no aprendido? ¿Quién ha enseñado á las abejas á laborar sus panales y henchirlos de miel exquisita? ¿Quién?... Pero me alejo demasiado.

—Aléjese usted, canarios, que lo parla como los propios ángeles...

—Me vas á envanecer. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Es que la hermosura que Dios ha derramado á manos llenas, gusta á todos, aún á los más *ofuscaos*, y aquí sí que cuadra la palabreja. Mira, Cándido: ni los mundos se criaron á sí mismos, ni se mueve la maravillosa máquina del universo porque sí, como dice ese pico de oro del sabiazó, ni ahora llueven cerezas, ni tú entiendes pelota de los disparates que dijo aquel engaña-bobos.

—Hombre, hombre...

—No te enfades: no es mi ánimo ofenderte. Dios ha hecho el mundo, porque es imposible que el mundo se haya hecho á sí mismo. Recuerda el ejemplo de Voltaire, rey de los incrédulos, que contestó á unos amigos que se burlaban de la existencia de Dios:

«Así como, de la existencia de un reloj, se deduce la existencia de un relojero que lo hizo, así, de la existencia del mundo, se deduce la existencia de un Dios que lo creó.» Cuando ves una máquina ¿no supones una *inteligencia* que ha concebido el plan de ella, y ha ordenado sus distintas piezas?

—Eso cualquiera lo ve.

—¿Y no creerías que es loco de remate el que asegurara que no había necesidad de inteligencia ordenadora para arreglar el aparato, porque él se había arreglado á sí mismo?

—No lo creería loco de remate, que se lo diría en sus barbas.

—Pues aplica el caso al mundo y dime si hay máquina mejor construída que la máquina del Universo. ¿No hay orden en él?

—Un orden admirable.

—Todo orden ¿no supone un ordenador?

—¿Quién lo duda?

—¿Pueden los astros ordenarse por sí mismos? ¿pueden crear ellos mismos las leyes á que obedecen? ¿pueden estas ruedas y engranajes de la maravillosa máquina del mundo hacerse y ordenarse á sí mismos sin una *Inteligencia* que conciba el plan y lo ejecute?

—¡Qué locura! No, señor.

—Y ¿qué es más difícil: hacer el mundo ó un reloj?

—El mundo, señor don Manuel.

—Pues si se necesita una persona inteligente para ordenar las piezas de lo más fácil, que es el reloj, para criar y ordenar el universo ¿no se necesitará una *INTELIGENCIA* colosal? ¿Se podrá hacer el universo á sí mismo?

—¡Qué locura!

—Hay, pues, una Inteligencia poderosísima que todo lo ha dispuesto, y una Voluntad infinita que lo ha criado; hay un Ser sapientísimo que gobierna el mundo y atiende al velocísimo rodar de las esferas y al bullir de los insectillos entre la yerba. Dios ha hecho el mundo; Dios lo maneja ahora; Dios dá instinto al pájaro, vida al árbol, movimiento á los astros, que ruedan vertiginosos sin toparse jamás, y Dios, que escudriña lo más hondo de los corazones, sabe que tú ..

—¿Qué?

—Que tú, á pesar del bribón que te echaba el anzuelo y de sus ciencias físicas y de que tú, iluso, repetías lo que él decía, porque te llamas *Cándido*, en el fondo no lo creías. Dime la verdad.

—La verdad, la verdad... no estaba seguro de que no había Dios.

—¿Qué vas á estarlo? ¿No sientes á Dios justiciero cuando obras mal? ¿No lo sientes en la naturaleza? ¿No lo sentías, pobre *Cándido*, víctima ahora de perversas enseñanzas ajenas y de pasiones propias, no lo sentías cuando eras buen cristiano?

—¡Ay... sí, señor! Entonces rezaba, entonces me alegraba, entonces...

—Ahora sí que eres sincero, pobre amigo mío. Pues que se repita aquel entonces. Sé bueno, busca á Dios dentro de tí mismo volviéndote á El de corazón, y entonces no vacilarás en confesarlo y te reirás del charlatán de marras y de su ciencia física.

M. S.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.—La ventilación

Al llegar el invierno cerramos nuestros aposentos para defendernos del frío como de un enemigo, pero quizás dejamos dentro otro más terrible, la mala ventilación. En una habitación cerrada donde se encuentran reunidos muchos individuos, va disminuyendo el oxígeno y aumentando el anhídrido carbónico, lo cual produce la asfixia, que puede ser lenta ó rápida. Ejemplo de la primera es el aspecto pálido y empobrecimiento de sangre que se observa en los que viven en minas subterráneas y talleres mal ventilados. Y como ejemplo de asfixia rápida podemos traer el conocido hecho de que encerrados después de la batalla de Austerlitz 300 prisioneros en una cueva pequeña y con sólo una estrecha ventana, á las pocas horas habían perecido asfixiados 260.